

Pasaje literario: Marina (práctica 8)

—Ahora debéis marcharos —nos ordenó Eva Irinova—. Ya sabéis la verdad. Aprended a olvidarla.

Su rostro estaba oculto tras el velo y su voz mecánica carecía de expresión. Se me hizo imposible deducir la intención de sus palabras.’

—Su secreto está a salvo con nosotros —dije de todas formas.

—La verdad siempre está a salvo de la gente —replicó Eva Irinova—. Marchaos ya.

Claret nos indicó que le siguiéramos y abandonamos el camerino. La Luna proyectaba un rectángulo de luz plateada sobre el escenario a través de la cúpula cristalina. Sobre él, recortadas como sombras danzantes, se apreciaban las siluetas de Mijail Kolvenik y sus criaturas. Alcé la vista y me pareció distinguir casi una docena de ellos.

—Dios mío... —murmuró Marina junto a mí.

Claret estaba mirando en la misma dirección. Vi miedo en su mirada. Una de las siluetas descargó un golpe brutal sobre el techo. Claret tensó el percutor de su revólver y apuntó. La criatura seguía golpeando y en cuestión de segundos el vidrio cedería.

—Hay un túnel bajo el foso de la orquesta que cruza la platea hasta el vestíbulo —nos informó Claret sin apartar los ojos de la cúpula—. Encontraréis una trampilla bajo la escalinata principal que da a un pasadizo. Seguidlo hasta una salida de incendios...

—¿No sería más fácil volver por donde hemos venido? —pregunté—. A través de su piso...

—No. Ya han estado allí... Marina me agarró y tiró de mí.

—Hagamos lo que dice, Óscar.

Miré a Claret. En sus ojos se podía leer la fría serenidad de quien va al encuentro de la muerte con el rostro descubierto. Un segundo más tarde, la lámina de cristal de la cúpula estalló en mil pedazos y una criatura lobuna se abalanzó sobre el escenario, aullando. Claret le disparó al cráneo y acertó de pleno, pero arriba se recortaban y a las siluetas de los demás engendros. Reconocí a Kolvenik al instante, en el centro. A una señal suya, todos se deslizaron reptando hacia el teatro.